

PRIMERA PARTE

SANDY SHOW MIAMI

El hombre antes del nombre

Sandy Fernández Fernández
Relato biográfico

PRIMERA PARTE

Una historia de resistencia, reinención y libertad

*Relato biográfico de Sandy Fernández Fernández,
conocido públicamente como Sandy Show Miami.*

NOTA DEL RELATO

Esta obra cuenta hechos reales de la vida y la trayectoria de Sandy Fernández Fernández. La narración reconstruye atmósferas, ritmos y transiciones para ofrecer una lectura literaria, pero evita atribuir diálogos no documentados. Los datos profesionales proceden del archivo personal, las investigaciones conservadas, la entrevista publicada por Directum Magazine en 2017, documentos de premios y el expediente biográfico reunido en 2026.



No es una lista de cargos ni un currículum disfrazado. Es la historia de un hombre al que le cambiaron el camino más de una vez y que, aun así, siguió avanzando hasta convertir su nombre en un proyecto propio.

La noche en Jamaica no parecía distinta de otras noches del Caribe. Había humedad en el aire, luces lejanas y un rumor de agua que, desde tierra, podía confundirse con calma. Pero para Sandy Fernández Fernández aquella oscuridad tenía otro peso. No era la noche de un espectáculo ni el final de una jornada de trabajo frente a turistas. Era la frontera entre la vida que conocía y una vida que todavía no tenía forma. En algún punto, una embarcación aguardaba. Detrás quedaban Cuba, los escenarios, los micrófonos, los diplomas, los años de estudio y una carrera reconstruida con paciencia. Delante solo estaba el mar.

No llevaba un aplauso consigo. Tampoco una garantía. Lo que llevaba era la certeza de que regresar podía significar perder la libertad y que avanzar podía costarle la vida. Esa es la clase de decisión que no se parece a las decisiones comunes. No se toma entre dos caminos buenos, sino entre dos peligros. Mientras esperaba, seguramente resultaba imposible ordenar todos los recuerdos que lo habían llevado hasta allí. Sin

embargo, cada uno de esos recuerdos seguía dentro de él: el muchacho de Santiago de Cuba, el deportista, el investigador, el actor, el locutor, el presentador, el hombre que había aprendido a sonreír ante una multitud incluso cuando su propia vida comenzaba a cerrarse.



Mucho antes de que existiera el nombre Sandy Show, había un niño nacido el 22 de julio de 1983 en Santiago de Cuba. Creció en una familia donde el deporte no era una actividad de fin de semana, sino una forma de entender la vida. Los horarios, el cansancio, la repetición y la disciplina no necesitaban explicarse demasiado. Se aprendían viendo a los adultos, acompañando entrenamientos y descubriendo que un resultado visible casi siempre dependía de muchas horas que nadie veía.

El cuerpo fue su primer territorio de estudio. Antes de que conociera la fuerza de un micrófono, conoció el valor de la respiración, el ritmo y la resistencia. El deporte le enseñó a medir el esfuerzo, a soportar la frustración y a regresar al día siguiente aunque el día anterior no hubiera salido bien. Esa educación silenciosa terminó convirtiéndose en la base de todo lo que haría después. Cuando la vida le quitó caminos, él respondió de la única manera que conocía: entrenando otra posibilidad.



Archivo visual de la etapa deportiva y formativa.

Durante años creyó que su futuro estaría ligado por completo a la Cultura Física y al Deporte. No se limitó a practicar. Estudió, investigó y convirtió la experiencia atlética en conocimiento. Alcanzó el grado de Máster en Ciencias de la Cultura Física y el Deporte, una formación que exigía mucho más que memorizar teorías. Había que observar, comparar, diseñar metodologías y comprender que cada persona aprende de una manera distinta. Esa mirada científica se quedaría para siempre con él, incluso cuando cambiara las piscinas por las cabinas de radio y los salones académicos por los escenarios.

Entre sus trabajos conservados aparece una investigación sobre los beneficios de la natación para una persona con síndrome de Down. El propósito no era exhibir un resultado deportivo, sino construir una adaptación segura al medio acuático. Respiración, flotación, locomoción, saltos y juegos fueron reorganizados de forma progresiva. El agua dejaba de ser una amenaza y se convertía en espacio de autonomía. Aquel estudio revela algo importante sobre Sandy: desde temprano le

interesó el proceso que permite a alguien vencer un límite, no solo la fotografía del triunfo final.

También desarrolló un sistema de ejercicios para la técnica de mariposa. El estilo exige coordinación, fuerza, respiración y una continuidad precisa entre brazos, piernas y movimiento de cadera. Un error pequeño puede romper toda la secuencia. Sandy trabajó sobre diagnósticos individuales y correcciones específicas para nadadores de diferentes edades. Años después, sin proponérselo, repetiría la misma lógica sobre su propia vida: identificar el error, ajustar el movimiento y no detenerse en medio de la brazada.

Sus reflexiones sobre el entrenamiento analizaban la carga, la recuperación, la adaptación biológica y la supercompensación. El cuerpo mejora cuando el esfuerzo y el descanso encuentran una relación adecuada; si la carga es desordenada, el avance se rompe. En Cuba, sin embargo, la vida profesional no siempre obedecía a la lógica del mérito. El esfuerzo podía ser desplazado por una orden, una sospecha o una exigencia política. Para un joven que había confiado en la disciplina como garantía de futuro, descubrir aquello fue una herida profunda.



La formación científica y la investigación acompañaron los primeros años profesionales.

La primera vez que le quitaron el camino ocurrió en el deporte. Según su testimonio, las presiones políticas interrumpieron una carrera para la cual se había preparado durante años. No fue solamente la pérdida de un empleo o de una posición. Fue la sensación de que todo el conocimiento acumulado podía quedar suspendido por razones ajenas a su capacidad. El régimen no necesitaba destruir físicamente un diploma para volverlo inútil. Bastaba con cerrar las puertas donde ese diploma debía tener valor.

La primera vez le cerraron el camino del deporte. La segunda intentaron apagar la voz que había construido para sobrevivir.

Durante un tiempo, el futuro debió parecerle un cuarto sin ventanas. Había cumplido con las reglas visibles: estudiar, investigar, trabajar. Pero existían otras reglas, menos transparentes, que exigían obediencia y silencio. En ese punto podía haberse quedado repitiendo la injusticia. En cambio, buscó una salida que nadie había previsto para él. La encontró en algo que siempre había estado presente, aunque todavía no lo reconociera como profesión: la voz.



La radio no se parecía a una piscina, pero también dependía del ritmo y la respiración. Un locutor aprende cuándo sostener una frase, cuándo acelerar, cuándo permitir que el silencio complete una idea. Un actor radial necesita controlar el cuerpo aunque nadie lo vea. Un comentarista deportivo debe observar, interpretar y explicar. Sandy llegó a ese mundo con una combinación extraña y poderosa: disciplina científica, memoria deportiva, instinto escénico y una necesidad inmensa de volver a empezar.

A partir de 2004, su presencia en la radio fue creciendo. No entró para ocupar una única función. Actuó, escribió guiones, musicalizó, asistió en la dirección, presentó espacios y aprendió el oficio desde varios ángulos. En programas como Portal Joven, Pronto y Tridimensional fue descubriendo que una cabina podía contener tantos mundos como un escenario. Había humor, información, música, personajes y un contacto invisible con personas que escuchaban desde sus casas, sus trabajos o la calle.



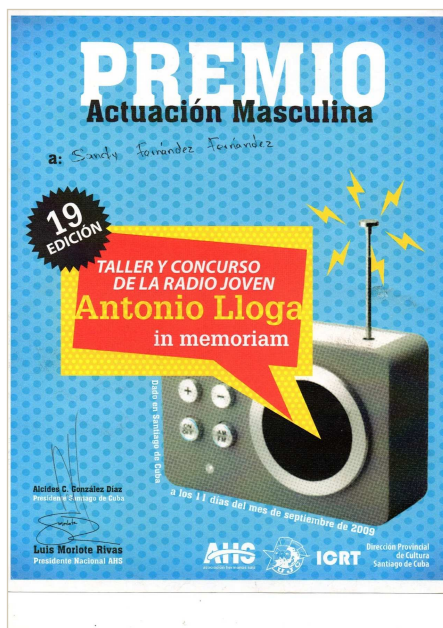
Sandy en una cabina de radio durante su etapa en Santiago de Cuba.

En la radio aprendió algo que más tarde sería esencial para las entrevistas: el público reconoce cuándo alguien está recitando y cuándo está verdaderamente presente. Sandy no quería sonar como una voz distante. Le interesaba la cercanía, la agilidad, la sensación de que el programa estaba ocurriendo junto al oyente. Esa energía hizo que el micrófono dejara de ser un objeto técnico y se convirtiera en una extensión de su personalidad.

Su formación deportiva regresó por otra puerta. Trabajó como comentarista en *El Mundo de los Deportes*, *A la Carrera* y *Revista Deportiva Sprint*. No hablaba del deporte desde afuera. Entendía la preparación, la carga, la técnica y el costo físico detrás de un resultado. También narró de forma ocasional juegos de béisbol de la Serie Nacional. El hombre al que habían apartado de una carrera deportiva volvía a entrar en los estadios convertido en voz.

Aquel giro tenía una ironía silenciosa. Lo que parecía el final de una profesión había creado otra. El investigador aprendió a traducir conceptos complejos en palabras sencillas. El deportista entendió cómo construir tensión. El actor aprendió a sostener la atención. Poco a poco, todas las versiones de Sandy comenzaron a trabajar juntas.

En 2009, esa etapa recibió un reconocimiento importante: el Premio de Actuación Masculina en la decimonovena edición del Taller y Concurso de la Radio Joven Antonio Lloga in memoriam. Existe el diploma, la fotografía y una publicación de la época que lo menciona entre los actores triunfadores. Para alguien que había tenido que reconstruirse, aquel premio significaba más que una distinción artística. Era la prueba de que el segundo camino también podía ser legítimo.



Diploma original del Premio de Actuación Masculina, Antonio Lloga, 2009.

Un año después recibió, según su archivo profesional, una mención en locución masculina por Pronto, tan rápido como quieras. Los reconocimientos provinciales y las experiencias

acumuladas confirmaban que ya no se trataba de una improvisación temporal. La comunicación se había convertido en una carrera real. Sandy dominaba personajes, tonos, guiones y la velocidad necesaria para reaccionar cuando algo cambiaba en vivo.

La actuación lo llevó a territorios todavía más amplios. Participó en dramatizados y montajes, trabajó con personajes y exploró la transformación física. En el archivo aparecen referencias a obras como Fuenteovejuna, El paraíso no existe y El conde Drácula tiene Sida. En una fotografía, caracterizado como Drácula, la mirada y el vestuario muestran a un hombre dispuesto a desaparecer dentro de un personaje. La actuación le enseñó que la identidad también puede construirse, ensayarse y proyectarse.



El escenario ofrecía una recompensa distinta a la radio. Allí el público estaba presente, visible, impredecible. No bastaba con una buena voz. Había que leer la energía del lugar, improvisar, moverse y sostener el espectáculo cuando algo no salía como estaba previsto. Sandy encontró en esa presión una forma de libertad. Había pasado años siguiendo metodologías; ahora podía usar esa disciplina para crear espontaneidad.



Caracterización actuarial conservada en el archivo personal.

Su crecimiento lo llevó al Cabaret Tropicana de Santiago de Cuba. Presentar un espectáculo de esa magnitud significaba entrar en una tradición escénica reconocida dentro y fuera del país. Luces, bailarines, música, vestuario y públicos diversos exigían una conducción segura. La imagen de Sandy vestido de naranja, micrófono en mano, rodeado por el elenco, conserva el instante en que el muchacho formado en el deporte ocupó uno de los grandes escenarios de su ciudad.

Tropicana no fue un simple empleo. Fue una escuela de presencia. Cada noche podía cambiar según el público, el clima del salón o el ritmo de los artistas. Sandy aprendió a conectar segmentos, sostener el ánimo y convertir la presentación en parte del espectáculo. Dejó de ser solamente el hombre que anunciaba lo que venía. Empezó a convertirse en una figura con identidad propia.

Esa identidad terminó encontrando un nombre: Sandy Show. La palabra “show” no era un adorno. Resumía la mezcla

de animación, humor, baile, entrevista, improvisación y cercanía con el público. Proyectos y escenarios como Loc@moción ampliaron su alcance. Las fotografías muestran multitudes, luces, invitados y un presentador que ya no parecía pedir permiso para ocupar el centro. Había construido una segunda vida profesional.



Presentación en el Cabaret Tropicana de Santiago de Cuba.

Años después, una extensa entrevista publicada por Directum Magazine en mayo de 2017 organizaría parte de aquel recorrido. La revista documentó la formación deportiva, los programas de radio, el premio Antonio Lloga, Tropicana, Loc@moción y el nacimiento de Sandy Show. Para entonces, la historia parecía la de una reinención exitosa. Lo que todavía no podía verse con claridad era que esa segunda carrera también estaba en peligro.

Mientras crecía en la radio y el espectáculo, Sandy comenzó a interesarse por una forma de comunicación que escapaba a los canales tradicionales. Internet en Cuba era

limitado, caro y controlado. YouTube parecía una ventana situada muy lejos de la vida cotidiana de la mayoría. Precisamente por eso, imaginar un programa para esa plataforma tenía algo de desafío.

Antes de viajar por Internet, los capítulos de Talento Urbano viajaban de mano en mano.

Talento Urbano surgió como un proyecto audiovisual alternativo para mostrar artistas, opiniones, expresiones culturales y realidades que no encontraban espacio en los medios estatales. No podía apoyarse en una infraestructura normal. Había que producir con recursos limitados, mover archivos, encontrar maneras de compartir los capítulos y confiar en redes informales. El contenido viajaba en memorias USB, discos y dispositivos de almacenamiento. Antes de ser visto en una pantalla conectada, muchas veces circulaba de mano en mano.



Conducción ante un público masivo durante la etapa de espectáculos en vivo.

Aquella distribución clandestina convertía cada episodio en algo más que entretenimiento. Era una pequeña grieta en el monopolio de la imagen. Talento Urbano entrevistaba, registraba y mostraba una Cuba que no necesitaba autorización para existir. Sandy se encontraba nuevamente en el lugar que mejor conocía: delante de una persona, con un micrófono, tratando de hacer la pregunta que permitiera descubrir una historia.

La cámara amplificó su capacidad para improvisar y escuchar. A diferencia de la radio, cada gesto quedaba registrado. A diferencia del escenario, la conversación podía viajar lejos, repetirse y llegar a personas desconocidas. Sandy comprendió temprano que el futuro de la comunicación estaría en esa combinación de presencia, video y circulación digital. Pero también comprendió que, bajo un régimen obsesionado con el control, una cámara independiente podía ser considerada una amenaza.

La libertad creativa tenía un precio. Según su relato autobiográfico, comenzaron el hostigamiento, las amenazas y las detenciones. La presión no era completamente nueva; ya había conocido el costo político dentro del deporte. Pero ahora el riesgo alcanzaba una carrera artística construida después de la primera pérdida. Era como si la misma mano regresara para borrar por segunda vez el futuro que había logrado dibujar.

No se trataba solamente de dejar de hacer un programa. La vigilancia y el proceso judicial de carácter político hacían temer una detención definitiva. Cuando el poder decide convertir una voz en problema, cada actividad cotidiana cambia de significado. Una llamada puede ser una advertencia. Una salida puede terminar en interrogatorio. Un proyecto deja de ser solamente un proyecto y se convierte en evidencia contra quien lo realiza.



Talento Urbano: entrevista y producción audiovisual alternativa.

Sandy había aprendido a trabajar ante públicos grandes, pero no había una multitud capaz de protegerlo. Había premios, fotografías, investigaciones y años de experiencia, pero ninguno de esos documentos podía garantizarle seguridad. Por segunda vez, debía escoger entre aferrarse a lo construido o salvar la posibilidad de construir algo más.

La oportunidad apareció bajo la forma de un trabajo en el Caribe. Harmony Entertainment desarrollaba actividades de animación y espectáculos, y Jamaica ofrecía una salida legal de Cuba. Ocean Coral Spring, un complejo turístico de Ocean by H10 Hotels, necesitaba profesionales capaces de conducir, entretener y relacionarse con visitantes internacionales. Para Sandy, la oferta era trabajo, escenario y, sobre todo, puerta.

Llegar a Jamaica significó respirar fuera de Cuba, pero no significó estar a salvo de todas las incertidumbres. Durante el día podía presentarse, organizar actividades y sonreír ante huéspedes que habían viajado para descansar. Dominaba la energía del entretenimiento multicultural, adaptaba el lenguaje y volvía a comprobar que su oficio funcionaba en otro país. Por la noche, sin embargo, la pregunta seguía abierta: ¿qué venía después?

El resort mostraba una versión brillante del Caribe: piscinas, música, escenarios, turistas y programaciones diseñadas para que nadie pensara en el tiempo. Sandy trabajaba dentro de esa maquinaria mientras su propia vida estaba suspendida. Podía lograr que un público olvidara sus preocupaciones durante una hora, pero él no podía olvidar que su permanencia era provisional y que regresar a Cuba no era una opción segura.



Etapla profesional en Ocean Coral Spring, Jamaica.

En Jamaica descubrió otra dimensión de su oficio. La comunicación debía atravesar acentos, edades y costumbres distintas. El gesto, la música y la capacidad de leer al público se volvían tan importantes como las palabras. El muchacho de Santiago, el investigador, el locutor y el presentador de Tropicana seguían allí, pero ahora trabajaban en un territorio nuevo. Sandy estaba aprendiendo a ser internacional antes de saber dónde terminaría viviendo.

La oportunidad de trabajar en Jamaica fue también la puerta para abandonar Cuba.

Durante ese tiempo maduró la decisión más peligrosa. Desde Jamaica podía intentar llegar a México por mar y

continuar después hacia Estados Unidos. No existía una ruta cómoda ni una seguridad real. El viaje implicaba una embarcación precaria, aguas abiertas y la dependencia de personas y circunstancias que no podía controlar. El cuerpo entrenado para la resistencia tendría que soportar una prueba que ninguna metodología había previsto.

En las horas anteriores a la salida, todo lo vivido debió presentarse de una manera extraña. Santiago, las piscinas, las investigaciones, las cabinas, los personajes, los premios y los escenarios no formaban una línea ordenada. Eran fragmentos de una vida que podía quedar para siempre detrás. No era posible cargar físicamente con todos los documentos. Lo esencial tenía que viajar en la memoria.



Por eso, cuando se acercó a la embarcación, Sandy no era un hombre sin historia. Era un hombre obligado a abandonar las pruebas visibles de su historia. Llevaba la disciplina de los entrenamientos, la respiración de la radio, el instinto del escenario y la decisión de no permitir una tercera desaparición. A cierta distancia, las luces de Jamaica seguían encendidas. Parecían firmes, pero comenzaron a reducirse a medida que la lancha se separaba.

El motor rompió la última posibilidad de silencio. La costa se hizo pequeña. Después quedó una línea oscura. Y luego, por un momento, no quedó nada que pudiera llamarse tierra.



La costa se hizo pequeña. Después quedó una línea oscura.

La etapa caribeña precedió la travesía hacia México y Estados Unidos.

SEGUNDA PARTE

SANDY SHOW MIAMI

El nombre después del exilio

Sandy Fernández Fernández
Relato biográfico

SEGUNDA PARTE

La historia continúa

Sin capítulos. Sin detenerse. Exactamente desde el lugar donde terminó la primera parte.

Después ya no hubo costa. Solo agua, oscuridad y el sonido insistente del motor. La lancha avanzaba hacia México sin ofrecer ninguna certeza de llegada. En el mar no existían los títulos, los premios ni la experiencia acumulada; todos los pasajeros quedaban reducidos a la misma fragilidad. Sandy, que había aprendido a dominar escenarios y a controlar la respiración, tuvo que aceptar que aquella vez no controlaba casi nada.

El miedo no siempre se parece al pánico. A veces se manifiesta como una atención absoluta a cada ruido. Un cambio en el motor, una ola más fuerte, una sombra en el horizonte. Cada minuto obliga a imaginar lo peor y, al mismo tiempo, a no permitir que esa imaginación paralice. Sandy había estudiado la respuesta del cuerpo ante el esfuerzo. Ahora sentía en sí mismo la tensión prolongada, el cansancio y la necesidad de conservar energía.

Cuando finalmente apareció la posibilidad de tierra, no llegó con música ni con una ceremonia de bienvenida. México era otro tramo, no el final. Había que continuar por carretera y atravesar espacios desconocidos hasta acercarse a Estados Unidos. El viaje seguía dependiendo de decisiones rápidas, dinero escaso y una confianza incómoda en personas que podían ayudar o aprovecharse de la vulnerabilidad de quienes avanzaban.



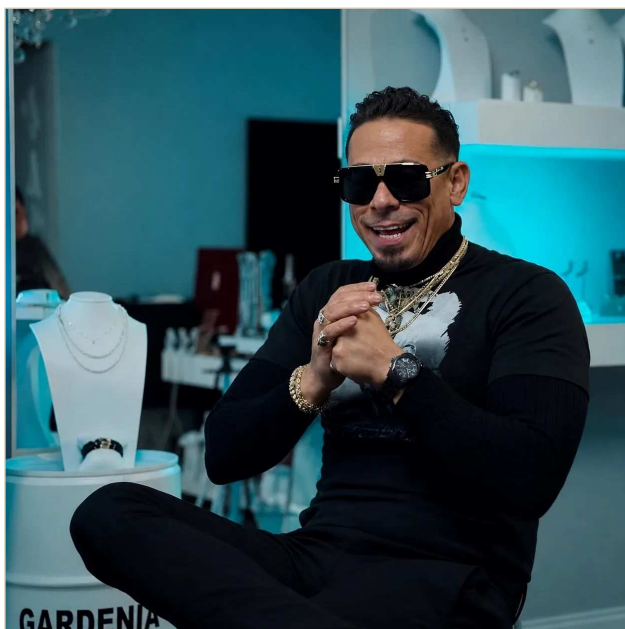
Cruzó fronteras llevando una identidad que todavía no tenía lugar en el nuevo país. En Cuba había sido Máster en Ciencias, investigador, actor, locutor, comentarista deportivo y presentador. En el camino era un migrante más. Nadie tenía la obligación de reconocer lo que había hecho antes. El exilio no examina currículos; pregunta cuánto puede resistir una persona cuando las referencias de su vida dejan de funcionar.

Llegar a Estados Unidos tampoco fue la escena final de una película. No apareció una casa, un estudio ni una oportunidad preparada. La libertad podía estar allí, pero la estabilidad no. Sandy vivió aproximadamente cinco meses sin una vivienda segura. El hombre que había hablado ante multitudes tuvo que aprender a pasar inadvertido, a resolver el día inmediato y a aceptar trabajos físicos para sobrevivir.

La llegada a Estados Unidos no fue el final del viaje. Fue el comienzo de otra prueba.

La construcción fue uno de esos trabajos. El cuerpo entrenado volvió a sostenerlo, esta vez lejos del deporte. Cargar, mover, limpiar y cumplir jornadas exigentes no tenía el brillo de Tropicana ni la emoción de una cabina. Pero el trabajo ofrecía algo elemental: la posibilidad de continuar. Cada pago pequeño representaba tiempo comprado para la siguiente decisión.

Dormir sin un hogar estable altera la relación con el mundo. Las personas comienzan a dividir la ciudad entre lugares donde pueden permanecer y lugares de los que serán expulsadas. La intimidad se reduce. Las pertenencias se vuelven un problema logístico. Sin embargo, Sandy conservaba una idea que había sobrevivido al mar: aquella etapa no podía ser el final de su historia.



La reconstrucción profesional comenzó desde cero en Estados Unidos.

La disciplina deportiva adquirió entonces su significado más profundo. No servía para ganar una competencia, sino para levantarse sin entusiasmo, cumplir una jornada y regresar a buscar otra oportunidad. La radio también seguía dentro de él. Aunque no tuviera un micrófono, observaba a la gente, escuchaba acentos, aprendía códigos y reunía historias. El presentador estaba en pausa, no muerto.

Miami fue apareciendo poco a poco como un lugar posible. La ciudad tenía una concentración de voces cubanas, latinas y caribeñas que podían entender algunas partes de su recorrido. También era un territorio competitivo, lleno de personas tratando de ser vistas. Sandy no podía presentarse solamente con lo que había sido. Tenía que demostrar, otra vez, lo que podía hacer ahora.



El regreso a los medios no ocurrió de un salto. Fue una secuencia de colaboraciones, contactos, apariciones y trabajos donde cada experiencia abría una puerta pequeña. Participó en proyectos audiovisuales y de entretenimiento como Picantísimo Miami, Crónicas del Primo, Oh My God y Dímelos Charly. Cada espacio le permitió conocer mejor la producción digital, las dinámicas de entrevista y el modo en que las audiencias consumían contenido en Estados Unidos.

En Cuba, la circulación de Talento Urbano había dependido de memorias USB y redes clandestinas. En Miami, las plataformas estaban abiertas, pero la libertad de publicar no garantizaba que alguien mirara. Había que comprender algoritmos, formatos, miniaturas, edición y promoción. Sandy volvió a estudiar. Esta vez su laboratorio eran las redes sociales.



El regreso a los estudios y a la producción audiovisual en Miami.

El nombre también cambió. Sandy Show había nacido en los escenarios; Sandy Show Miami ubicaba esa identidad en el

lugar de la reconstrucción. No borraba la etapa cubana. La proyectaba desde otro territorio. El apellido geográfico funcionaba como una declaración: había llegado, estaba creando y pretendía ocupar un espacio propio.

Las cámaras regresaron. También regresaron el traje, las luces y el micrófono. Pero el hombre frente a ellos ya no era exactamente el mismo. Había conocido la persecución, el mar, la incertidumbre y la falta de vivienda. Esa experiencia modificó su manera de escuchar. Detrás de cada invitado podía reconocer una parte de la historia que no se ve en los resultados públicos.

De esa sensibilidad nació *Lo de Nosotros No Tiene Nombre*. El título parecía una broma y, al mismo tiempo, una definición. El proyecto no quería encerrarse en una categoría única. Podía hablar de música, deporte, humor, emprendimiento, exilio, política, libertad o negocios. Lo que unía las conversaciones no era el tema, sino la búsqueda de la historia humana detrás de la figura visible.

*Lo de Nosotros No Tiene Nombre
nació para contar lo que existe
detrás del éxito visible.*

Sandy sabía que muchas entrevistas se conforman con el éxito: el lanzamiento, la cifra, el premio, el negocio. A él le interesaba el costo. Quería saber qué se perdió, qué se arriesgó y qué tuvo que soportar una persona antes de llegar al lugar donde estaba sentada. Esa curiosidad no era una técnica aprendida en un manual. Procedía de haber tenido que comenzar de nuevo más de una vez.



Identidad oficial de Lo de Nosotros No Tiene Nombre.

El programa abrió espacio a artistas, deportistas, empresarios, creadores y figuras de la comunidad cubana e hispana. Para Sandy, una parte central de la misión consistía en escuchar a quienes habían salido de Cuba. Había una frase que resumía esa mirada: muchos no habían abandonado la isla persiguiendo el sueño americano; habían escapado de la pesadilla cubana. La diferencia no era retórica. Explicaba por qué tantas personas llegaban sin recursos, cargando una urgencia que el público rara vez veía.

En cada conversación, el micrófono funcionaba como una puerta. Algunas historias traían humor. Otras revelaban pérdidas, miedo o decisiones difíciles. Sandy no buscaba que todos los invitados se parecieran a él, pero sabía reconocer el momento en que una persona dejaba de promocionarse y comenzaba a contar la verdad. Allí aparecía el programa que quería hacer.

El archivo audiovisual creció. Entre sus contenidos se conserva una conversación con El Taiger presentada por el proyecto como su última entrevista. Después de la muerte del artista, aquel material adquirió un peso que nadie podía planificar. La cámara había registrado una presencia que ya no podía repetirse. Ese episodio recordó a Sandy que entrevistar también es conservar tiempo.



Archivo audiovisual destacado del programa.

Lo de Nosotros No Tiene Nombre se convirtió en el centro de una marca más amplia. Sandy trabajó en producción audiovisual, promoción, marketing digital y posicionamiento de proyectos. La experiencia adquirida en la radio, el turismo y los escenarios se mezcló con nuevas habilidades. Ya no dependía de que una institución le asignara un espacio. Podía construir el estudio, diseñar la estrategia y publicar directamente.

Esa autonomía era la respuesta más clara a las dos interrupciones sufridas en Cuba. En el deporte, el poder había cerrado una carrera. En la comunicación, había intentado silenciar una voz. En Miami, Sandy organizó su trabajo para que ninguna de esas identidades dependiera completamente de

una sola puerta. Podía entrevistar, producir, presentar, promocionar y crear música. La multiplicidad, que antes podía parecer dispersión, se convirtió en protección.

La multiplicidad dejó de ser dispersión y se convirtió en protección.

La música estaba conectada con una historia familiar anterior a su nacimiento. Níco Saquito, reconocido como una figura esencial de la guaracha cubana, era su bisabuelo. Canciones, anécdotas y referencias habían atravesado generaciones. Para Sandy, aquel legado no podía quedar reducido a una fotografía antigua ni a un nombre citado de vez en cuando. Debía encontrar una forma de vivir en el presente.

Su tío Alejandro Fernández Ávila, nieto del compositor, había dedicado años a estudiar y preservar esa obra. Junto al investigador Zenovio Hernández Pavón desarrolló el libro Níco Saquito: El guarachero de Cuba, una investigación que reúne historia, canciones, imágenes y testimonios. Sandy entendió que su propia capacidad de producción podía ayudar a trasladar ese patrimonio hacia las plataformas contemporáneas.



Sandy Fernández Fernández junto a Alejandro Fernández Ávila y el retrato de Nito Saquito.

Preservar no significaba congelar. La guaracha había nacido para moverse entre la gente, comentar la vida y provocar una reacción. Por eso, los proyectos musicales impulsados por Sandy buscaron mantener la esencia mientras exploraban nuevos arreglos, voces y formatos. La distribución digital podía llevar ese catálogo a oyentes que nunca habían comprado un disco ni conocido la Cuba donde se escribieron aquellas canciones.

En el estudio, Sandy volvía a trabajar con ritmo, estructura y repetición. Había algo familiar en ese proceso. El deporte le había enseñado a corregir un movimiento; la radio, a corregir una frase; la producción musical, a corregir una interpretación hasta que la emoción apareciera con naturalidad. Las profesiones no estaban separadas. Eran distintas formas de perseguir precisión.



Ñico Saquito: El guarachero de Cuba, obra de investigación y preservación musical.

La huella pública comenzó a extenderse. Directum Magazine había documentado una parte importante de su historia en 2017. Más adelante aparecieron perfiles y entrevistas en plataformas como CanvasRebel y VoyageMIA, junto con publicaciones profesionales en Medium y LinkedIn. Ninguna fuente podía contener toda la trayectoria, pero juntas mostraban una continuidad difícil de resumir en un solo oficio.

A veces esa multiplicidad complicaba la manera de presentarlo. ¿Era investigador, actor, locutor, animador, entrevistador, productor o emprendedor? La respuesta más honesta era que había sido todas esas cosas porque la vida lo había obligado a no depender de una sola. Sandy no cambió de profesión por capricho. Cada transformación surgió de una pérdida, una oportunidad o una necesidad concreta.



El deporte seguía visible en su manera de trabajar. Preparaba entrevistas, revisaba contenidos, repetía tomas y pensaba en la constancia más que en un momento viral. La fama rápida podía atraer, pero él conocía el valor de una trayectoria larga. Había visto carreras desaparecer por decisiones políticas y proyectos crecer a través de circuitos clandestinos. Sabía que lo más importante era construir un archivo que pudiera sobrevivir a la inmediatez.

También comprendía el poder de las imágenes. Las fotografías antiguas de radio, los diplomas, Tropicana, Loc@moción y Talento Urbano no eran simples recuerdos personales. Eran pruebas de una historia que podía perderse si no se organizaba. El exilio dispersa los documentos: una foto queda en una casa, un diploma en una carpeta, una revista en otro país. Reunirlos era otra forma de regresar por lo que había tenido que dejar.

El nombre Sandy Show Miami comenzó a funcionar como un puente entre esos archivos y el trabajo actual. En sus redes convivían entrevistas, promociones, música, humor y relatos de superación. No siempre era fácil mantener una identidad coherente entre tantos formatos, pero la esencia estaba clara: dar visibilidad, provocar conversación y transformar experiencia en contenido.



Reconocimiento profesional durante la etapa de reconstrucción en Miami.

Con el tiempo, los escenarios de Miami también volvieron a recibirlo. Ya no era el mismo presentador que había salido de Santiago. Había aprendido a leer públicos internacionales en Jamaica, a sobrevivir fuera de los medios y a producir para plataformas digitales. Cada vez que tomaba un micrófono, todas esas capas entraban con él.

En una ciudad donde casi todos llegan con una versión de sí mismos que desean reconstruir, Sandy encontró su lugar contando las reconstrucciones de otros. Esa es quizá la razón más profunda de *Lo de Nosotros No Tiene Nombre*. El programa no es solamente una vitrina para invitados; es el resultado de un hombre que necesitó que alguien mirara más allá de su etapa más difícil y decidió ofrecer esa mirada a los demás.

La vida en Estados Unidos no borró lo ocurrido en Cuba. La libertad no convierte automáticamente el pasado en algo inofensivo. Persisten la rabia, la distancia familiar, las

oportunidades perdidas y la certeza de que muchas personas siguen atrapadas. Sandy transformó parte de esa carga en conversación pública. Hablar del régimen, del exilio y de las experiencias de quienes llegan era una forma de negar el silencio que le habían exigido.



Pero su historia tampoco podía reducirse al dolor. Hay alegría en el espectáculo, orgullo en los reconocimientos, humor en las entrevistas y satisfacción en cada proyecto terminado. Resistir no significa vivir permanentemente dentro de la tragedia. Significa recuperar el derecho a celebrar sin olvidar lo que costó llegar.



El regreso a los escenarios con una identidad reconstruida.

Cuando observa las fotografías de su vida, aparecen varias personas que podrían parecer distintas. El joven de la cabina de radio. El actor caracterizado. El presentador vestido para Tropicana. El animador ante una multitud. El trabajador en

Jamaica. El migrante sin hogar estable. El entrevistador de Miami vestido con traje. El productor que protege la obra de su familia. Sin embargo, todas comparten una misma mirada: la necesidad de avanzar hacia el siguiente movimiento.

Dos veces intentaron quitarle el futuro. Ninguna logró quitarle la capacidad de empezar otra vez.

Dos veces sintió que le quitaban todo. La primera vez perdió el futuro que había diseñado dentro del deporte. La segunda, la carrera artística y comunicativa que había construido para reemplazarlo. El exilio añadió una tercera prueba: llegar a un país donde su pasado no garantizaba nada. La diferencia es que, en Miami, tuvo la posibilidad de convertir esas pérdidas en propiedad narrativa. Ya nadie podía contar su historia sin que él también tuviera una cámara encendida.

El libro que ahora reúne esta trayectoria no intenta fabricar una leyenda perfecta. Un recorrido real tiene contradicciones, momentos incompletos y documentos que todavía deben encontrarse. Su valor está precisamente en la continuidad. Cada etapa explica la siguiente. El investigador ayuda a entender al productor. El deportista explica al sobreviviente. El actor sostiene al presentador. El exiliado transforma al entrevistador.



Sandy Show Miami: comunicador, productor y entrevistador.

Sandy Show Miami no nació el día en que se abrió una cuenta en redes sociales. Nació lentamente, cada vez que Sandy Fernández Fernández se negó a desaparecer dentro de la decisión de otra persona. Nació en el entrenamiento repetido, en la voz recuperada, en el escenario, en la cámara clandestina, en la lancha, en la construcción y en el regreso al micrófono.

Aún quedan proyectos por hacer, entrevistas por grabar, canciones por producir y documentos por ordenar. La historia no se cierra con una conclusión cómoda porque la vida que describe todavía está en movimiento. Quizá esa sea la imagen correcta para terminar: no un hombre mirando hacia atrás desde una meta, sino un hombre ajustando el micrófono antes de comenzar otra conversación.



Las luces del estudio se encienden. Del otro lado hay un invitado con una historia que todavía no ha contado por completo. Sandy revisa la cámara, toma aire y escucha. Durante un instante, antes de la primera pregunta, regresan todas las voces que alguna vez intentaron decidir su futuro. Luego desaparecen. La señal está lista. Esta vez, el espacio es suyo.

NOTA DOCUMENTAL

La trayectoria narrada en estas páginas se apoya en el archivo profesional de Sandy Fernández Fernández, sus investigaciones sobre Cultura Física y Deporte, el diploma Antonio Lloga de 2009, fotografías de radio, actuación, Tropicana, Talento Urbano y Jamaica, la entrevista publicada por Directum Magazine en mayo de 2017 y los perfiles públicos reunidos en el expediente biográfico de 2026.

Los episodios de persecución política, salida de Cuba, travesía migratoria y falta de vivienda se presentan como relato autobiográfico. La edición conserva esa distinción para no convertir la narración literaria en una afirmación documental más amplia que las pruebas disponibles.



CRÉDITOS

Relato biográfico: Sandy Fernández Fernández. Archivo visual: colección personal de Sandy Show Miami. Edición y diseño: edición narrativa 2026. Proyecto principal: Lo de Nosotros No Tiene Nombre.



*La señal está lista. Esta vez, el espacio es
suyo.*

Sandy Show Miami, Miami, Florida.

SANDY SHOW MIAMI

La historia sigue abierta.

Miami, 2026